



Renée Ferrer de Arréllaga

El caracol que quería volver al mar

Te voy a contar la historia de un niño que fue a pasar sus vacaciones a la orilla del mar. Todos los días se acercaba a la playa para ver cómo recogían las redes los pescadores del lugar.

Un día, entre la enorme variedad de pececillos que se debatían sobre la arena había un precioso caracol, cuyo caparazón lustroso y suave brillaba vivamente bajo los rayos del sol. Pablo, que así se llamaba nuestro amigo, divisó desde lejos el hermoso ejemplar y, corriendo apresuradamente entre los peces agonizantes, se acercó hasta él tomándolo para sí

El caracol comprendió enseguida que había sido aprisionado e hizo desesperados movimientos por volver al mar. Pero a Pablo le gustaban demasiado sus colores claros y el sonido que hacía cuando se lo acercaba al oído, para dejarlo partir.

Retornó el niño a su casa a fin de esconder su precioso tesoro, mientras el pobre caracol le suplicaba que lo dejase en la arena. Sordo a sus ruegos lo puso en un armario dentro de una palangana llena de agua, y alegremente salió a pasear.

Terminadas las vacaciones Pablo retornó a la ciudad. Como vivía en un país mediterráneo se despidió del mar y se llevó en la valija el precioso caracol.

Cuando llegó le hizo un hueco en el fondo del jardín, lo llenó con agua y lo puso adentro. Pablo cuidaba amorosamente de su caracol, pero éste siempre estaba triste. Temiendo una enfermedad, el niño agregó un poco de sal al agua que le servía de

morada y le llevaba camalotes tiernos para el almuerzo, pero nada disipaba su incurable tristeza.

-Pablo, deseo volver al mar; extraño el ruido de las olas. Llévame por favor al lugar de donde me sacaste. Allá quedaron mis amigos -le decía.

-Pero yo te quiero; hago todo lo que puedo para hacerte feliz -replicaba Pablo. [73]

-Extraño las mareas, los hipocampos, las ostras y las estrellas de mar, incluso a los feos y espinosos erzos.

A pesar de sus súplicas, Pablo estaba decidido a quedarse con el caracol y cuando éste empezaba a quejarse lo dejaba llorando en su agujero. Las vacaciones estaban por llegar y el caracol redoblaba sus lamentos, pero Pablo, insensible a sus ruegos, se hacía el sordo.

Por esos días, se organizó un campamento escolar hasta el centro del bosque y Pablo se llevó consigo su amado caracol.

La noche en que Pablo se quedó de guardia reinaba en el bosque un silencio absoluto; la luna se escurrió detrás de unas nubes negras y la calma era tan completa que hasta daba miedo quedarse despierto. Pablo recorrió las carpas para comprobar si todo estaba en orden; apagó el fuego donde habían asado un venadito, y dejando encendida la linterna se sentó a esperar la llegada de la mañana. Para entretenerse se puso a conversar con el caracol. De pronto escuchó un graznido muy extraño; se levantó intrigado, temiendo que fuese un cuervo, y caminó hacia el sonido hasta perderse en la oscuridad.

Al poco rato, viendo que no encontraba el camino [74] de regreso, se puso a llorar desconsoladamente, mientras se lamentaba:

-¿Qué haré solo en medio del bosque? ¿Cómo volveré al campamento si no conozco el camino?

-No llores, Pablo -lo consolaba el caracol -yo me quedaré contigo, te cuidaré hasta que alguien nos encuentre y nos lleve a casa.

-Extraño a mis padres, caracol, quiero volver a mi casa -repetía entre sollozos el niño.

Deja de llorar. Si tienes la paciencia de seguirme despacito, despacito, trataré de encontrar el camino de regreso.

Lentamente los dos amigos se pusieron en marcha. Fueron por un sendero, luego por otro, volviendo muchas veces sobre sus pasos, hasta que finalmente encontraron el campamento. Pero no había nadie. Seguramente los demás niños, cansados de esperar, se habían ido.

Preso de la desesperación Pablo se echó a llorar nuevamente, mientras el caracol le decía:

-No te preocupes Pablo, caminando, caminando, llegaremos hasta tu casa.

Silenciosamente emprendieron el camino hasta que [75] luego de muchos días llegaron al conocido jardín. La madre de Pablo, que ya lo creía perdido para siempre, bailó de alegría, y le preguntó qué deseaba, pues le daría cualquier cosa con tal de que olvidara sus sufrimientos. Pablo le respondió sin pestañear.

-Volver al mar.

Una vez que estuvo en la costa, el niño se acercó a la playa y depositó su amado caracol en la arena, el cual, sintiéndose inmensamente feliz, se perdió sin tardanza entre la blanca espuma.

Pablo no pudo disimular la tristeza que le causaba separarse del caracol, pero hizo un esfuerzo para sonreírle desde lejos, acordándose de cómo lo ayudó a volver a su casa cuando se perdió en el bosque.

El caracol, que conocía el corazón apasionado de Pablo, se le acercó y le dijo al oído:

-No te pongas triste, Pablo, nos recordaremos mutuamente con cariño, y para que sepas que jamás te olvidaré cada año te traeré un juguete hecho de conchas marinas.

Con los ojos humedecidos Pablo lo dejó partir, y durante muchos años volvió a la playa a recoger el regalo que el caracol fabricaba para él en el fondo del mar

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo